

tos, una ciencia muerta y una ciencia viva, sin hablar de la ciencia de los santos.

No examinaremos aquí qué especie de ciencia es la más perfecta, aquella para la cual tiene aptitud el mundo, y aquella para la cual no la tiene. Nos atenderemos á estas palabras de San Agustín: «Que solamente la piedad y la pureza llevan á las cosas más elevadas». <sup>(1)</sup>

Igualmente, fuera injusticia y locura el negar que por todas partes encuéntrase honradez y fidelidad al deber. Mas nadie tampoco negará que hay murallas que la simple justicia humana no toma por asalto. El hombre expone su vida cuando se trata de apoderarse de una fortaleza. No obstante, hay dos plazas fuertes ante las cuales vacilará siempre, ó que por lo menos tratará siempre de flanquear, en vez de atacarlas de frente: son su propio honor y el respeto humano. No hay más que una sola fuerza que ayude á traspasar esos dos números: el temor de Dios fundado en la religión y en la verdad. <sup>(2)</sup>

El poder humano—dícese—produce grandes y muchas cosas. También nosotros pensamos así. Sin embargo, las palabras del Espíritu Santo siguen siempre siendo verdaderas: «Quien teme á Dios nada descuida». <sup>(3)</sup> «Temer á Dios,—dice Gregorio Magno—quiere decir no descuidar nada del bien que se debe cumplir». <sup>(4)</sup>

Pero si la piedad y la pureza del corazón, si el desasimiento de toda mira personal y el temor de Dios, si el desasimiento de sí mismo y el consagrarse sin límites á Dios, son condiciones preliminares de la virtud perfecta, y las fuerzas únicas capaces de vencer los mayores obstáculos que se oponen al cumplimiento de los deberes humanos, entonces nadie negará que la vida espiritual sea igualmente útil al mundo, y que aun, á veces, le sea indispensable.

(1) Augustin., *De moribus eccles.*, 2, 7, 10.

(2) Cf. Parte tercera, conf. XIV, 11.

(3) Eccli., VII, 19.

(4) Gregor. Magn., *Moral.*, 1, 3.

**10. El establecimiento del reino de Dios por medio del hombre, como punto céntrico, es la más elevada tarea de la mística.**—Nadie tema, pues, que la mística dañe á ciertos bienes, ó á ciertas aspiraciones legítimas de la humanidad. No, la mística nada empequeñece, ni la inteligencia, ni el corazón, ni la voluntad, ni la ciencia, ni la energía, ni la justicia, ni la caridad, ni la Iglesia, ni el Estado, ni la escuela, ni la familia.

Por el contrario, los pormenores resultan mejor cuidados y el conjunto mejor ajustado, no solamente desde el punto de vista del honor, sino desde el punto de vista de la conciencia, no solamente á los ojos de los hombres, sino á los ojos de Dios, no solamente desde el punto de vista del tiempo, sino desde el punto de vista de la eternidad.

Cada actividad terrena hácese por ese medio más sólida, y toda obra humana más duradera y más pura. Cada persona ocupa entonces mejor el puesto que la Divina Providencia le asignó; tolera, gobierna y favorece pacíficamente á quienes le rodean, y todos trabajan de concierto para alcanzar el fin común más elevado, y el establecimiento de un gran reino de Dios.

Únicamente cuando la mística logre el puesto que le es debido, se cumplirán los sublimes designios que Dios tuvo al crear el mundo, y al salvarle por medio de su Hijo. Entonces, cielo y tierra, lo natural y lo sobrenatural, lo divino y lo humano, formarán un solo todo, á saber, el verdadero reino de Dios entre los hombres.

Como es muy natural, el centro de ese reino es Dios, en su calidad de Señor y de rey. El hombre, no obstante, puede también hacerse punto central del reino de Dios, en cuanto es su artífice y su administrador, en cuanto es representante de Dios, su confidente y ejecutor de sus planes.

La mística facilita la inteligencia de los pensamientos de Dios; ayuda á ejecutar sus más grandes planes; contribuye á la más sublime elevación del hombre; hace de él instrumento y centro de los actos de Dios; resuelve la obra que le

trae ocupado siglos ha, la unión de lo de acá y de lo de allá, de lo temporal y de lo eterno.

¿No basta esto para invitar, á quienes sean capaces de grandes pensamientos y de serias acciones, á que dirijan su atención sobre la mística?

## SEGUNDA PARTE

### LA VIDA ESPIRITUAL

#### CONFERENCIA VI

##### ABANDONO DEL ESPÍRITU DEL MUNDO

1. La obra de la separación de los elementos hizo-se en el comienzo de la Creación por medio de violentos combates.—«En el principio, creó Dios el cielo y la tierra. Pero la tierra hallábase informe y desnuda, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas. Y Dios dijo: «Sea la luz». Y fué la luz. Y vió Dios que la luz era buena, y separó la luz de las tinieblas.

Dijo también Dios: «Sea firmamento entre las aguas, y separe aguas de aguas». Y Dios hizo el firmamento, y separó las aguas que estaban bajo el firmamento de las que estaban sobre él.

En seguida Dios dijo: «Que las aguas que están bajo el cielo se junten en un sólo lugar, y que la parte árida aparezca». Y así fué hecho. «Y Dios llamó á la parte árida tierra, y al conjunto de las aguas, llámóles mares». <sup>(1)</sup>

Solamente entonces fué cuando Dios creó la hierba y los árboles que dan fruto, con todo lo que vive y respira sobre la tierra, y en fin, todo cuanto sirve para solazar su corazón, lo mismo que el corazón del hombre.

Crear, separar, ornar, tal es la triple marcha seguida por Dios en la Creación.

Palabras cortas, pero llenas de sentido. La Creación.

(1) Genes., I, 1 y sig.